
Presentación

En la segunda mitad de este siglo, la narrativa latinoamericana vivió un movimiento de cambio y renovación que recuerda en mucho lo ocurrido con la poesía en los años veinte. Escritores como Borges, Asturias, Onetti, Cortázar, Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Guimarães Rosa, Carpentier, Lezama Lima, entre otros, habrían de constituir el núcleo germinal de esa nueva visión de la novela en la que el lenguaje, el juego, la parodia, el erotismo habrían de convertirse en los verdaderos protagonistas del texto. A ellos, años después seguirían otros narradores, más jóvenes, que asumirían el relevo y ensancharían el camino inaugurado por sus predecesores: Sarduy, Cabrera Infante, Puig, Donoso, Fernando del Paso, González León, Pacheco y Reinaldo Arenas, para citar sólo unos cuantos nombres. Si se les englobó bajo el nombre del Boom o de Nueva novela latinoamericana, poco importa. Lo que sí es cierto es que a ellos se debe el nuevo rostro que, en nuestro continente, desde entonces caracterizó a la novela.

Paralelamente, y en constante diálogo con ella, surgió también una nueva generación de críticos que habrían de poner al día su instrumental analítico para poder dar cuenta de los hallazgos e innovaciones a los que se aventuraba la novela. Entre ellos, y para citar sólo a algunos, habría que destacar a Rodríguez Monegal, Julio Ortega, Jorge Ruffinelli, Emmanuel Carballo y José Miguel Oviedo, que supieron establecer un diálogo siempre estimulante y enriquecedor con esa narrativa.

A ese diálogo, que no ha cesado, hemos querido dedicar este número, ahora a partir de críticos más jóvenes y enfoques novedosos. ◇